

# Programa de Formación Permanente

2017 Revitalización y santidad

## 4. El liderazgo de la santidad “bajo las tocas”





## EL LIDERAZGO DE LA SANTIDAD ‘BAJO LAS TOCAS’

*Me maravillo ante su gran humildad y mi pequeñez, mi nada. Creo que es ahí donde Jesús y yo nos encontramos. Él es todo para mí y yo, su pequeñita, tan débil, tan vacía, tan pequeña<sup>1</sup>.*

### INTRODUCCIÓN

Fieles al querer del Espíritu y bajo el lema *Llamados a ser santos*, se ha convocado para nuestra Orden un *Año de la santidad* como un ‘despertador que vuelve a sonar’ con el fin de estimularnos; como un tiempo de gracia para conseguir volver a tomarnos la temperatura o el pulso y vivir (no solo con terminología agustiniana) con renovado fervor esa llamada universal a la santidad a la que ya nos invitaba como una revolución hace algo más de cincuenta años el Concilio Vaticano II:

Todos los cristianos están llamados a la santidad, a vivir plenamente la caridad, según la propia vocación y el don recibido del mismo Espíritu, que obra la comunión de la Iglesia en la diversidad de vocaciones, carismas y ministerios (LG 32).

---

<sup>1</sup> Teresa de Calcuta, *Ven, sé mi luz. Cartas privadas de la santa de Calcuta*, Planeta, Barcelona 2008, 325.

Deseemos ser santos. Avivemos esa llama ardiente que nos habita dentro. Volvamos a descubrir lo que de veras da sentido a nuestra existencia. Encontremos la brújula que nos marca el norte magnético de nuestro corazón, porque “nos hiciste, Señor, para ti y nuestro corazón inquieto está hasta que descanse en ti” (*conf.* 1,1,1).

La santidad no es un objetivo o una meta a la cual tienen el privilegio de acceder solo unos pocos, la elite de ‘los perfectos’, sino un sendero por el que debemos ir todos y que se recorre cuando se vive la apasionante aventura de injertar a cada paso la vida de Dios en nuestra propia cotidianeidad. “Sed santos, porque yo soy santo” (1Pe 1,16).

Se trata, pues, no tanto de hacer cosas por Cristo. Debemos tener en cuenta que la iniciativa no es nuestra: lo nuestro es responder a una llamada, dejarnos encontrar por su persona en cada acontecimiento, encarnar a Dios en la entraña misma de la situación que vivimos, sea cual sea la edad y la circunstancia personal que nos acontece.

Nosotros, los consagrados y consagradas, dada la vocación específica que hemos recibido dentro del ser y sentirnos Iglesia y a la que hemos respondido con prontitud, generosidad y alegría, tenemos la maravillosa labor, asumida como una responsabilidad, de vivir en ese ‘plus’, no como superioridad sobre los demás carismas de la Iglesia, pero sí como ‘obligación’ y ‘sensatez’, por así decirlo, en correspondencia al gran don recibido. Como dice el evangelio: “A quien mucho se le dio, se le reclamará mucho. A quien se le confió mucho, se le pedirá más” (Lc 12,48).

Este *Año de la santidad*, como tiempo de gracia para nuestra Orden, no significa para nosotros más que un nuevo llamamiento a desmerecernos e intentar vivir cada día con coherencia, amor y equilibrio la vocación recibida, entregando la vida, en sencillez y humildad, como respuesta al dador de todo bien, aunque seamos conscientes en todo momento de que el gran “tesoro del don de Dios está encerrado en nuestra frágil vasija de barro” (2Cor 4,7).

Si es verdad que todos los cristianos están llamados a la santidad y a la perfección de su propio estado (cf. LG 44), las personas consagradas, gracias a una nueva y especial consagración (cf. VC 31), tienen la misión de hacer resplandecer la forma de vida de Cristo, a través del testimonio de los consejos evangélicos, como apoyo a la fidelidad de todo el cuerpo de Cristo (CC 13).

En frase de nuestro padre san Agustín: “Dios quiere que aspire a metas más altas (...). Ama a quien te guía” (*en. Ps.* 75,16).

## 1. PINCELADAS DE LUZ CUANDO DESPUNTA EL ALBA

Vivimos tiempos convulsos, periodo de cambios. Se habla de cambio de tiempo y tiempo de cambios. “La rapidez de los procesos de cambio y de transformación es la nota principal que caracteriza a las sociedades y a las culturas contemporáneas” (LS 18). Algo nos está pasando. Estamos ‘sufriendo’ la dificultad, la transformación y el crecimiento que produce toda crisis en diversos matices: crisis económica, crisis de valores, crisis de líderes. Las palabras reorganización, revitalización, reestructuración, refundación, están en boga.

Nuestra sociedad se caracteriza por el activismo, la complejidad, el pragmatismo y lo funcional, que, lejos de vivir en una pasividad sin futuro, produce rapidez de cambios que afectan a todos los ámbitos de la vida, tanto económico como cultural, étnico y, ¡no digamos!, informático. A nivel general, el mundo contemporáneo se caracteriza por una cultura ‘cientificista’, a menudo dominada por la técnica y por las incontables posibilidades que esta promete abrir, en cuyo interior, no obstante, “se multiplican las formas de tristeza y soledad en las que caen las personas, entre ellas muchos jóvenes”<sup>2</sup>.

Hablo de cambios rápidos pero no profundos, porque la mayoría de ellos no nos dan la posibilidad de descubrir y hacer nuestra la intensidad que contienen y que nos aportan, cuando en seguida ‘se nos impone’, por así decir, asumir otras novedades que, al mismo tiempo, transcurrirán en un abrir y cerrar de ojos para dar paso a otras nuevas, porque ya aquellas quedaron obsoletas.

Las seguridades de ayer hoy se muestran como inseguras. Los líderes de antaño, que nos daban firmeza y que sentíamos como punto de apoyo o de referencia, hoy se derrumban en cuestión de segundos, parecen haber perdido consistencia y garantía.

Nos movemos en una sociedad de urgencias, de lo inmediato, de ‘usar y tirar’. Todo ello hace que el hombre y la mujer de hoy vivan descentrados en su orientación y que le sea difícil encontrar su propia identidad. La fluidez e incertidumbre están a la orden del día como nunca antes lo hubiéramos experimentado. El hombre y la mujer de hoy muchas veces huyen, permanecen fuera de sí mismos porque viven la paradoja de ser un desconocido para él o ella.

Dependiendo del ángulo desde el que se enfoque y lo vivamos nos toca discernir si esto que nos está ocurriendo se trata de un problema o una oportunidad.

Asistimos diariamente a lo que supone el vértigo de una sociedad atrapada por las estructuras de gobierno, de poder, de competencia, de conseguir ser aquellos

---

<sup>2</sup> Francisco, *Misericordia et misera*, 3.

líderes que quieren ambicionar el mundo, aunque sea a corto plazo o dentro de esferas reducidas.

El líder, según el diccionario, se define como la “persona que encabeza y dirige un grupo o movimiento social, político, religioso, etc.”. Todos queremos ser líderes. A nadie le apetece ser súbdito. Para ello, no obstante, hay que haber recibido un carisma específico y, donde se desenvuelve nuestra vocación claustral, lejos del ‘mundanal ruido’, alejadas de esa fluidez, del relativismo o de la incertidumbre de plantearnos continuamente qué hacer con nuestro tiempo, en el corazón de la vida religiosa contemplativa surge como eso mismo, como vida y espacio propicio donde se nos invita a ser profetas y ejercer la valentía de atrevernos a ser líderes de la santidad. Es decir, a tener la capacidad de dirigir, de ir en cabeza desde el lugar donde nos encontramos –pues “la contemplación no justifica una vida mediocre, repetitiva, tediosa”<sup>3</sup>–, y de llevar a cabo, en este tiempo confuso que nos toca vivir, el liderazgo de la santidad como reto y plenitud del don recibido. Hemos de ser como la claridad que nace cuando está despuntando el alba, o como esa luz que brilla en medio de las tinieblas y de la confusión reinante a la que remite el profeta Isaías:

¡Levántate, resplandece, que ha llegado tu luz, y la gloria del Señor ha amanecido sobre ti! Mira cómo la oscuridad cubre la tierra y la espesa nube, los pueblos; mas sobre ti amanece el Señor. Caminarán las naciones a tu luz, y los reyes al resplandor de tu aurora (Is 60,1-3).

Es la hora, más que nunca, de sabernos amados por Dios, de experimentar su grandeza en nuestra propia existencia, de dejarnos sorprender con nuevo brillo por el Misterio que nos envuelve, de redescubrir que existe Alguien tan grande como para volver a dejar todo lo superfluo que hayamos podido adquirir a lo largo del trayecto recorrido ya, para vivir solo de él y para él, de permitir que nuestra inspiración no sea el fruto de la autorreferencialidad, sino que es tiempo de beber del encuentro vital, diario y constante de la persona, mensaje y misión de Jesucristo como fruto que conlleva una vida de inquieta búsqueda en amor y servicio. Hay que conocer, pero no para brillar, sino para alumbrar.

Alumbre así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y den gloria a Dios vuestro Padre que está en los cielos (Mt 5,16).

Se nos está llamando con este año y en este preciso momento a ser capaces de volver a explorar amando, nuestra identidad de agustinas recoletas contemplativas para desempeñar el liderazgo desde la atalaya, desde un punto de vista más alto, el sobrenatural, y situarnos entonces en el justo lugar, desde quien es nuestro líder: Jesucristo, “el cual, siendo de condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios, sino que se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, asumiendo semejanza humana y apareciendo en su porte como hombre, se rebajó a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz” (Flp 2,6-8).

<sup>3</sup> CIVCSVA, *Contemplad*, 7.



Pero inmediatamente nos surgen preguntas: ¿para quién o quienes es la santidad?, ¿para quién está hecha?, ¿es posible o inalcanzable?, ¿cómo puedo yo ser líder desde la santidad?, ¿no hay incompatibilidad entre el liderazgo y la humildad?

Para procurar resolver estas inevitables cuestiones y otras muchas que se nos pueden plantear, me permito tomar como referencia unas sabias palabras que me impactaron hace algún tiempo al leerlas por su belleza, solidez, sabiduría y raíz contemplativa. Me sirven en este momento para comenzar esta humilde exposición ‘tirando del hilo’ y conseguir ‘desbaratar el tejido’ que podemos tener ya confeccionado sobre un tema tan complejo, apasionante y no menos amplio como es el de la santidad.

Hablando de santidad, creo que hay que pedir a la fuente de toda santidad que nos alcance esa sensibilidad espiritual para captar el lenguaje propio de todo lo sagrado. Pienso que, al hablar de santidad, no hay que comenzar por el principio, sino por el final, por el revés de las cosas; no por aquello que es evidente y que se palpa por los sentidos, sino por lo que está oculto, aquello que no se ve a simple vista, todo lo que en la subjetividad de lo aparente va formando la trama y la urdimbre del día a día en la que se van forjando líderes concretos que, en el silencio y ocultamiento aparente de sus vidas, tienden, luchan y se apasionan por vivir la santidad. Dice el texto:

Creo que una contemplativa, cuando estudia, debe hacerlo de rodillas, poniendo el deseo en que aquello que conoce sea vida. Y desde luego, cuando el Señor visita durante el estudio, hay que dejar los libros inmediatamente para atender a su visita, pues es entonces cuando se recibe la verdadera sabiduría<sup>4</sup>.

Personalmente, como contemplativa por don de Dios y agustina recoleta por carisma, se me ha dado comprender que, cuando la contemplativa estudia, trabaja, lee, descansa o comparte en comunidad, a través de la sencillez de su vida, está siendo capacitada para ser líder, para ejercer ese liderazgo como trasmisor de la gran riqueza que recibe en cada jornada. A través de él, ya sabe qué postura tomar: la de una presencia arrodillada que encarna en ella la humildad para ejercerlo como su líder lo hizo y lo sigue llevando a cabo hoy, cayendo en la cuenta de que no es una invención suya o algo que se le impone, y que cuando se intuye su presencia en medio de los quehaceres, sabe que es momento de dejar aparte ‘los libros’ como símbolo de las ocupaciones que pueden envolverlo para solamente ya prestar atención a su visita, que es lo único esencial, necesario e importante.

Entonces es cuando verdaderamente se recibe la auténtica sabiduría que hace posible la vida de Dios en ella misma. Solo así, bajo el hábito y la toca, aprende a

<sup>4</sup> M<sup>a</sup>. V. Triviño, *La vía de la belleza. Temas espirituales de Clara de Asís*, BAC, Madrid 2003, 18.

ser líder de la santidad, porque él mismo es el espejo en el que se ha de mirar, el líder a quien imitar como su único ideal. Solo cuando se olvida de sí misma es cuando encuentra su identidad en él y le deja ser el protagonista de su existencia. Es precisamente entonces cuando permite a Dios hacer espacio dentro para que realice su obra, para enseñarle a exclamar, como santa Teresa del Niño Jesús, “a pesar de mi pequeñez, puedo aspirar a la santidad”<sup>5</sup>. No es una osadía, es un deber, una respuesta desinteresada de amor en correspondencia a la llamada gratuita y amorosa que se ha recibido. Amor con amor se paga.

Eso es lo que yo llamo comenzar por el final. Solo de esa manera se experimenta lo que es acoger la misión, la responsabilidad de toda alma contemplativa. Cuando se ‘olvida’ de las cosas de aquí abajo, aunque esté inmersa en ellas. Cuando es capaz de levantar los ojos a los montes y reconocer de dónde le viene el auxilio. Cuando asimila el arte de conjugar lo divino en medio de lo trivial y humano. Solo de esta manera no hay marcha atrás, y debe comprender que está llamada ser líder de la santidad, una santidad que no le viene hecha, que es un proceso lento que dura toda la vida, donde cada día se compromete a gastar la existencia en ir comenzando, y aprendiendo, siempre “fijos los ojos en el que inició y completa nuestra fe: Jesús” (Hb 12,2). Como expresan san Pablo y san Agustín:

No es que lo haya conseguido aún, ni que sea ya consumado; continúo para alcanzarlo, como el Mesías me alcanzó. Hermanos, no creo haberlo alcanzado todavía, pero, olvidando lo que dejé atrás, me lanzo a lo que está por delante, corriendo hacia la meta, para alcanzar el premio al que Dios me llama desde lo alto en Cristo Jesús (Flp 3,12-15).

Nadie está bien, si es que puede estar mejor (*v. rel.* 41,78).

---

<sup>5</sup> Teresa de Lissieux, *Historia de un alma*, 9,5.

## 2. ¿EN QUÉ ESPEJO MIRARNOS?

*Cristo se forma en aquel que toma la forma de Cristo, y toma la forma de Cristo quien se une a Cristo con amor espiritual (exp. Gal. 38).*

Mirarse al espejo es indicio de vanidad. Da pie para centrarse y complacerse demasiado en uno mismo. Por eso la monja, “olvidando su pueblo y la casa paterna, porque el rey está prendado de su belleza, se postra ante él, porque él es su único Señor” (Sal 44,11). Dejando atrás el mundo, se reviste en su presencia exteriormente con las vestiduras propias de una consagrada. El hábito, como signo de consagración y pertenencia a Dios, y la toca, con la que cubre su cabeza y hace olvidar el cuidado desmesurado y la vanidad propia de toda mujer. Un nuevo detalle de la delicadeza del amor casto que define la totalidad de la entrega.

Sin embargo, para ella sigue existiendo otro espejo más valioso en el que mirarse cada día. “Todo entero te exige el que te hizo” (s. 34,4,7). Al decir ‘todo entero’ no significa que ella se haya consagrado a Dios por momentos, parcialmente o solo cuando la edad o las fuerzas están en pleno vigor, sino que la totalidad de su persona, tanto física como psíquica, es de Dios a tiempo perdido y para siempre. Todo es don en ella:

A ti también se te ha concedido la plenitud, todo, sin medras, sin reservas ni miramientos, todo exige el compromiso y la respuesta de ser entera de él, porque todo lo que has oído a tu Padre te lo ha dado a conocer y, en tan asidua compañía, Dios mora en ti y tú vives en él<sup>6</sup>.

La monja contemplativa está llamada a vivir la santidad en su propio estado, que no es otra cosa que despojarse de ella misma y revestirse interiormente de su Señor, en un espacio adecuado para el encuentro diario con el Maestro. Veamos:

Había una mujer que padecía flujos de sangre desde hacía doce años. Había sufrido mucho a manos de los médicos y se había gastado en eso toda su fortuna; pero, en vez de mejorar, se había puesto peor. Oyó hablar de Jesús y, acercándose por detrás entre la gente, le tocó el manto, pensando: ‘Con solo tocarle el manto, curaré’. Inmediatamente se secó la fuente de sus hemorragias y notó que su cuerpo estaba curado. Jesús, notando que había salido fuerza de él, se volvió enseguida, en medio de la gente, y preguntaba: ‘¿Quién me ha tocado el manto?’. Los discípulos le contestaban: ‘Ves cómo te apretuja la gente y preguntas: ¿Quién me ha tocado?’. Él seguía mirando alrededor para ver a la que había hecho esto. La mujer se acercó, asustada y temblorosa, al comprender lo que le había ocurrido, se le echó a los pies y le confesó toda la verdad. Él le dice: ‘Hija, tu fe te ha salvado. Vete en paz y queda curada de tu enfermedad’ (Mc 5,25-34).

Vivir la santidad en el claustro es hacer hueco dentro del alma para estar solo en Dios y con Dios. Es don y, a la vez, tarea. Es pasar la vida buscando su rostro,

<sup>6</sup> A. Correa Fernández, *Tu luz en mi barro. Espiritualidad contemplativa agustino-recoleta*, Augustinus, Madrid 2012, 62.



ensayarse cada día para amarlo sin medida, apartándose de todo aquello que pueda ser un obstáculo para no turbar el corazón en la presencia del que la ama:

Nosotros lo adoramos en cuanto Dios, él nos cultiva como a un campo. Él nos cultiva para que llevemos fruto; nosotros lo adoramos para dar fruto (s. 47,30).

Como la hemorroísa anónima, cuyo nombre no se menciona en el evangelio, quiere vivir la santidad sin ella saberlo, de forma profunda pero oculta, disolviendo día a día su propio ser en el querer de Dios que la va santificando sin ruido ni espectacularidad. Ella ya no importa. Lo que realmente vale la pena es estudiar y aprender en la escuela de su líder. Dejarle en total libertad para que él actúe en ella. Llevar el liderazgo del anonadamiento hasta las últimas consecuencias como su Maestro, porque lo esencial es invisible a los ojos, dejando huella en el corazón. Solo de esa manera se comprende la fuerza y el valor del ocultamiento a los ojos del mundo, a los propios e incluso a los de Dios. Solo así tiene sentido la eficacia del amor en la vida contemplativa como las raíces del frondoso árbol que bajo tierra dan la sabia y la vida al cuerpo místico que es la Iglesia. “Los contemplativos (...) viven el fluir del eterno en el tiempo cotidiano”<sup>7</sup>.

¡Cuántas veces, como la hemorroísa, puede padecer enfermedad, traducida en debilidad, en deseos de un encuentro profundo con su Dios, y buscar en fe y esperanza la fuente de la vida para curar ese flujo de sangre que le va costando poco a poco los años y hasta todo lo que tiene! Al igual que el Maestro, ella va perdiendo gota a gota su sangre; pero, como él, tampoco lo quiere hacer de forma estéril. Por eso levanta los ojos a su líder, que la derramó por ella en la cruz, para que aprenda. Únicamente quiere, pues, intentar tocarlo, robarle su gracia y quedar sana. “En la cruz estriba la perfección de la santidad”<sup>8</sup>.

¿Es acaso el vivir el objeto de la vida? (...)

No vivir, sino morir; y no fabricar la cruz, sino subir a ella, y dar lo que tenemos sonriendo<sup>9</sup>.

La santidad se reviste de letras de oro; pero es fruto de saber escrutar y bajar esa mirada desde lo alto de la cruz a la cruz del propio corazón, y saber hacer de ello contemplación en medio de las vicisitudes diarias. “Deja que se abran tus ojos interiores y contéplalo en tu corazón” (*virg.* 35,35).

La contemplativa transforma su conocimiento en vida y en una experiencia diferente, en medio de tantas personas que le pueden buscar y apretujar. Sabe que la santidad es cosa de dos: del que la ‘primerea’ y de la correspondencia dada a su amor. Es el fruto maduro de la ternura que ha entrelazado el regalo de Dios con la acogida humana en un esfuerzo amoroso, no solo por imitarlo, sino por llegar a

<sup>7</sup> CIVCSVA, *Contemplad* 68.

<sup>8</sup> *Kempis*, 2,12.

<sup>9</sup> P. Claudel, *La anunciación a María*, Encuentro, Madrid 1991, 151.

ser como él. Ella juega a revestirse de sus mismos sentimientos y actitudes y a mirarse y remirarse continuamente a ese espejo para conocerse conociéndolo a él, como reconoce nuestro padre: “Conózcate a ti, conózcame a mí” (*sol.* 2,1,1), sin sentir vanidad o desprecio de sí misma por ser lo que es, por sufrir la enfermedad, por ser la misma debilidad, así de frágil y vulnerable. Quiere, en definitiva, parecerse a él y, además, no ocultar que lo sepan. Solo desde la humildad es desde donde empieza a edificar.

Anhela y hace realidad el sueño de ir situando progresivamente en el olvido su propio ‘yo’, para ir penetrando cada vez más en él y con él configurarse. Esa santidad es una invitación a desgranar su existir entero y transformarlo en espíritu de conversión continua, como ejercicio repetitivo de volver una y otra vez el corazón y la mirada a Cristo para reconocer sus maravillas, esas que obra continuamente en ella y que ha descubierto innumerables veces a lo largo y ancho del ejercicio de ese liderazgo.

Todavía sigo, aún avanzo, camino todavía, estoy en ruta, aún no he llegado... Añade siempre algo, camina siempre, avanza siempre (*s.* 169,15,18).

Intenta dejarle ser él mismo dentro de lo más íntimo de su ser para alcanzar la plenitud del ser de Dios en ella. Ella sabe que es custodia del fuego de Dios, de ese fuego que es capaz de curar toda enfermedad y de tener la certeza de que con solo tocarlo quedará sana, será entonces una nueva criatura en él. Pero también sabe que apegarse a lo bueno puede ser enemigo de lo mejor. Como recomienda nuestro Padre:

¿Cuál ha de ser nuestro afán de cada día? El intentar siempre lo mejor pero sin cansarse jamás de intentarlo. Por muy lejos que hayamos llegado, el ideal está siempre más allá (*en.* Ps. 38,4).

Por eso aprende como la hemorroísa a acercarse con delicadeza por detrás, porque la acompaña la certeza de que, aunque no pronuncie palabras, con solo el gesto de tocarlo y la fe prendida del alma, quedará curada de su fealdad al haberse mirado en el espejo y haber conseguido tocarlo. Comprende que el silencio y el lenguaje de los gestos hablan a veces más y mejor que las palabras. Quiere tocar el manto y hacer realidad la carne de Cristo viviendo entre sus hermanas, siendo un solo corazón y una sola alma con ellas, porque ha descubierto que su alma no es solo suya, sino de todas las hermanas:

Porque en realidad tu alma ya no es solo tuya, sino de todos los hermanos, como sus almas son también tuyas; mejor dicho, sus almas, juntamente con la tuya, no son varias almas, sino una sola: la única de Cristo (*ep.* 243,4).

Pretende estar al servicio y la adoración de Dios mediante el cuidado y esmero de la caridad con la hermana con la que vive codo con codo y del hermano con el que se relaciona. Porque, “cuando amamos al prójimo, limpiamos los ojos para ver a Dios” (*Io. ev. tr.* 17,8).

El liderazgo de la santidad en los claustros tiene una peculiaridad: la de saber tocar a Jesús con fe y delicadeza. Solo el amor sublime sabe tocar aun en medio de los problemas y dificultades, de las obligaciones de cada jornada. El amor es el que sabe distinguir y la contemplativa se ensaya toda la vida para saber tocar a Jesús de una manera diferente que solo la fe dicta, creyendo que cura todo lo que no sea él ni a él conduzca. La monja contemplativa agustina recoleta ‘toca’ a Jesús diariamente en la liturgia, en el trabajo, en el estudio, en la eucaristía, en el cuidado de la casa y de las hermanas, y todo ello es una vivencia que va sanando y santificando, sin mediar palabras, solo mediante el rico lenguaje de los gestos como máxima expresión de búsqueda y amor.

La santidad es fruto del encuentro con él en las muchas presencias donde podemos descubrir su rostro de Hijo de Dios, un rostro doliente y, a la vez, el rostro del Resucitado. Como él se hizo presente en el diario vivir, así también hoy está en la vida cotidiana donde continúa mostrando su rostro. Para reconocerlo es preciso una mirada de fe, formada en la familiaridad con la Palabra de Dios, en la vida sacramental, en la oración y sobre todo en el ejercicio de la caridad, porque solo el amor permite conocer plenamente el Misterio (CC 23).

Al saber tocar a Jesús, inmediatamente la monja nota que el origen de su mal y debilidad es redimido, transformado, curado. No es una mera intuición, sino una certeza. Es algo que sabe y vive en su espíritu y que prolonga en su actividad. Va haciéndose progresivamente una nueva criatura en Dios, como expresión del amor que conoce que ya nada es igual que antes. Solo cuando la monja ha aprendido a tocar a Jesús diariamente confía en que sus intenciones y actos no son ya prosaicos, sino sublimes y van poco a poco purificándola por la sorprendente fuerza de la caridad. De este modo se va transfigurando en un ser más paciente, entregado, apegado amorosamente a su líder, porque tiene un modelo a quien seguir e imitar en libertad. Ese mirarlo, tocarlo y estar con él le devuelve su propia dignidad, su identidad, su libertad, la de los hijos de Dios, la de esposa del Siervo de Yahvé.

El amor engendra dolor y el dolor engendra el amor. La madera, al quemar, no solo da ceniza, sino también llama<sup>10</sup>.

Ella sabe que existe un lenguaje recíproco de sentimientos: Jesús notó que sale una fuerza de él; al mismo tiempo, ella nota que la fuente de sus males ha cesado, porque ya no vive para sí. Entonces Jesús pregunta por dos veces: ‘¿Quién me ha tocado?’. Tiene la certeza de que alguien lo ha acariciado de forma distinta. Reconoce quién lo toca de verdad, con la fe intrépida de ser capaz de ‘robarle’ su gracia. Se siente con un poco menos de fuerza. ¡Qué hermosura ver fundidas en la misma vida la fragilidad de Dios y la debilidad del hombre! Ahí se fusionan Jesús y la consagrada. Los dos notan algo especial, algo esencial: igualdad de voluntades, corriente al unísono en el amor. Ahí Dios se vuelve a encarnar en la vida de la monja y ella retorna a entregarle su pobreza. Ha sabido robarle,

<sup>10</sup> P. Claudel, *La anunciación...* 112.

¡menuda paradoja!, su poder de curación desde la atalaya del abajamiento y la humildad.

Ella se le acerca conmovida, asustada y temblorosa por lo que le va ocurriendo y no tiene otro gesto que echarse a sus pies. ¡Sí!, ¡así!, ¡ahí es donde ejerce su verdadero liderazgo: a los pies de sus hermanas, sirviendo con amor y entrega, a tiempo perdido, sabiendo tocarlas por amor y con amor, cargando con sus dolencias y debilidades! A imitación de Jesús, ciñéndose la toalla, se pone a lavar los pies de todas y cada una con entrañas maternales, que se traduce en actitudes de servicio recíproco, capacidad de escucha y paciente comprensión. Eso es ejercer el liderazgo de la santidad, cuando se empieza por el abajamiento, por situarse al mismo nivel que las demás, sin pretender más que el servicio a la comunidad y compartir lo poco o mucho que se posee. Saber tocar, saber lavar, no es solo dar de lo suyo, sino darse a sí misma y, como consecuencia, confesar toda la verdad. Ella cree perdidamente en él. Por eso arriesga todo y se recoge y oculta a los ojos del mundo para vivir solo para Dios.

La continua atención a Dios de la contemplativa “hace más delicada y respetuosa la atención hacia los otros miembros de la comunidad, y la contemplación se convierte en una fuerza liberadora de toda forma de egoísmo” (VFC 10).

Impregnada de la fuerza del Espíritu también se siente llamada a ejercer su liderazgo no solo con la comunidad, sino a través de ella, incluso más allá de los muros del monasterio. Poniendo en práctica el amor difusivo, como sintiendo la necesidad apremiante de “exhalar el buen olor de Cristo” (*reg.* 8,1), del que está saturada y que se esparce no solo por toda la casa.

Llena de la santidad de Dios y pequeña en su hacer, en silencio del alma, se siente simple instrumento de su gracia, donde pueden beber todos aquellos que se sienten cansados y agobiados por los embates de las corrientes de soledad, tristeza, amargura e inseguridad.

Como el marinero en alta mar necesita el faro que indique la ruta para llegar al puerto, así el mundo os necesita a vosotras. Sed faros para los cercanos y, sobre todo, para los lejanos. Sed antorchas que acompañan el camino de los hombres y de las mujeres en la noche oscura del tiempo. Sed centinelas de la aurora (cf. Is 21,11-12) que anuncian la salida del sol (cf. Lc 1,78). Con vuestra vida transfigurada y con palabras sencillas, rumiadas en el silencio, indicadnos a aquel que es camino, verdad y vida (cf. Jn 14,6), al único Señor que ofrece plenitud a nuestra existencia y da vida en abundancia (cf. Jn 10,10). Como Andrés a Simón, gritadnos: ‘Hemos encontrado al Señor’ (Jn 1,40); como María de Magdala la mañana de la resurrección, anunciad: ‘He visto al Señor’ (Jn 20,18)<sup>11</sup>.

Así puede irse en paz, puede vivir en la paz de Dios. Su fe la ha salvado. El estar pendiente solo de Dios y el trabajar por el hecho de que sus mismos sentimientos se hagan en ella la han ido santificando en el tiempo y en el ahora. Los frutos de dicha santificación son la humildad y la alegría, la liberación de

<sup>11</sup> Francisco, *Vultum Dei quaerere* 6.

conocerse y saberse líder entre las demás líderes, intentando vivir a porfía para desgastar su vida en aprender a la escucha del Amor.

### 3. Y COMO FRUTO MADURO, ¡LA ALEGRÍA!

*No hay santidad en la tristeza*<sup>12</sup>.

El liderazgo de la santidad se da en el verdadero encuentro con Cristo. Después de haber hecho vida las experiencias de conocerlo, amarlo, seguirlo, buscarlo y tocarlo, nunca esto puede dejarla indiferente. Todo eso es un motivo de dicha y alegría. No de una felicidad efímera, bulliciosa y pasajera, sino de aquella que se percibe en lo profundo del corazón: la que llena la vida y, además, es capaz de transformarla.

La alegría no es un adorno superfluo, es exigencia y fundamento de la vida humana. En el afán de cada día, todo hombre y mujer tiende a alcanzar y vivir la alegría con todo su ser<sup>13</sup>.

La contemplativa vive esa felicidad que todos anhelamos y “que nada ni nadie nos podrá arrebatar” (Jn 16,20). Se siente dichosa, porque se encuentra amada en el Amado, viviendo en espíritu y verdad las bienaventuranzas que atraviesan por entero su vida. ¡Dichosa tú, contemplativa, porque puedes descubrir a Dios donde existe un poco de silencio y vacío de todo, pero lleno de paz! ¿Quieres ser líder de la santidad allí donde se plasma tu sonrisa, tu gesto delicado? Solo en la sencillez de lo cotidiano es donde puedes encontrar el rostro de Dios que te espera. ¡Dichosa tú, contemplativa, porque, a ejemplo de María, has creído, has dado fe, has acogido en la pobreza y pequeñez de tu ser al Misterio que llevas dentro! ¡Dichosa! ¡Feliz! Porque Dios te dijo al llamarte:

¡Tú eres importante para mí, te quiero, cuento contigo! Jesús a cada uno de nosotros nos dice esto. ¡De ahí nace la alegría! La alegría del momento en el que Jesús me ha mirado. Comprender y sentir esto es el secreto de nuestra alegría. Sentirse amado por Dios, sentir que para él no somos números, sino personas; y sentir que es él quien nos llama<sup>14</sup>.

¡Dichosa tú!, porque, por vocación, te sobran las palabras, se te ha entregado un tesoro entre las manos, eres líder de la contemplación, tu misión es observar, silenciar, pasar por el corazón, ofrecer, interceder, solamente ser... Permanecer como persona íntegra preocupada por él y por sus intereses en actitud de permanente servicio, de olvido de todo lo propio, porque lo demás se te dará por añadidura.

Después que él te visitó, te inundó y tu corazón fue sellado con el estigma de la gratuidad de Dios, es cuando sales al encuentro activo dentro de tu pasividad,

<sup>12</sup> Francisco, ‘Auténticos y coherentes’: *Encuentro con los seminaristas, novicios y novicias*, Roma, 6 de julio de 2013.

<sup>13</sup> CIVCSVA, *Alegraos*.

<sup>14</sup> CIVCSVA, *Alegraos*.

revestido de la semejanza de todo un Dios que, a través de ti, quiere realizar maravillas.

A ti se te tiene que notar por fuera lo que vives dentro, reflejar solo con tu mirada el amor de Dios que te quema y que demuestra su poder en tu debilidad humana.

¡Dichosa tú, porque has dicho ‘sí’, y ese ‘hágase’ te ha hecho copartícipe en la obra redentora de tu Dios, en el amor al sacrificio, en tu anonadamiento cotidiano! Porque el lema de tu vida es el mismo que pronunciaron los labios del centurión: “No soy digna de que entres en mi casa, pero solo una palabra tuya bastará” (Mt 8,8). Solo una palabra.

¡Dichosa, porque has abierto tu capacidad de escucha, silenciando todo otro amor que pudiera entorpecer el murmullo suave que temple las cuerdas de tu corazón amante y consagrado! ¡Eres toda de Dios! Su palabra se ha hecho en ti, según él ha querido. Su palabra ha resonado en tu intimidad y eso no tiene precio, porque la fuente que llevas dentro tiene semblante de eternidad que, a borbotones, suspira, ama y quiere alcanzar su meta desde esta tierra al cielo. Él es el todo de tu vida y tu entero vivir depende totalmente de él. Los dos en estrecha unión y compañía como la sombra que sigue al cuerpo.

Todo se cumplirá. La promesa es ya una realidad, y todo se consuma en la medida en que permaneces con la llama de tu fe encendida, resguardada de posibles vientos que puedan atenuarla o apagarla.

Se cumple, porque Dios te ama y cuenta con tu vida como oblación por otros. Se cumple, porque vivir en él, con él y de él aviva el fuego que él ha prendido en la mecha de tu ser para dar luz, calor y vivir siendo una llama silenciosa junto a él en el sagrario.

¡Dichosa tú, contemplativa, porque todo lo que te ha dicho se cumple aquí y ahora en ti!

Esta llama que has prendido  
en la mecha de mi ser,  
es Misterio encendido,  
el fuego, no consumido,  
de la zarza de Moisés.

Es el Dios que está escondido,  
y me llama para ver  
crepitar su amor crecido,  
muriendo de amor herido,  
y su corazón arder.



Fuego lento, ¡un chasquido!,  
que me invita a descender,  
pues descalza me has querido,  
tierra sagrada es mi nido  
y tuyo mi acontecer.

Es horno de amor fundido,  
calor de un solo querer,  
donde ya se han confundido  
dos, en un solo latido  
dialogando con los Tres<sup>15</sup>.

A Cristo Señor, que ‘nos amó primero’ (1 Jn 4,19) y ‘se entregó por nosotros’ (Ef 5,2), vosotras, mujeres contemplativas, respondéis con la ofrenda de toda vuestra vida, viviendo en él y para él, ‘para alabanza de su gloria’ (Ef 1,12). En esta dinámica de contemplación vosotras sois la voz de la Iglesia que incansablemente alaba, agradece y suplica por toda la humanidad, y con vuestra plegaria sois colaboradoras del mismo Dios y apoyo de los miembros vacilantes de su cuerpo inefable<sup>16</sup>.

Que el Señor, dador de todo bien y origen de toda santidad, nos conceda ser líderes de la santidad entre todos, para que, viendo nuestras buenas obras, sean capacitados para alabar al Dios de toda santidad. Amén.

M. ALICIA CORREA FERNÁNDEZ  
*Monasterio Santísimo Corpus Christi*  
*Granada*

---

<sup>15</sup> A. Correa Fernández, *Tu luz en mi barro...* 62.

<sup>16</sup> Clara de Asís, *Tercera carta a Inés de Bohemia*, 8.



ORDEN DE AGUSTINOS RECOLETOS  
INSTITUTO DE ESPIRITUALIDAD E HISTORIA